

«En la boca se encuentra una lengua, un apetito, palabras, una dulzura, el agua en el pozo, el pozo en la Tierra. Depende de los Meidosems, de los días, de las ocasiones. / En la catedral de la boca de los Meidosems, hacen también restallar pabellones»

(Henri Michaux, *Portrait des Meidosems*)

Caverna de reflejos o máquina de carne, sus frutos nos reclaman: *las palabras*. ¿De dónde vienen?, ¿cómo capturarlas?, ¿cómo suplir su ausencia? Y, ¿a dónde se dirigen? Esta sección lo explora, en compañía.



AZARUS Ludovic Zamenhof vino al mundo al pie mismo de la torre de Babel, la mañana después de la confusión de las lenguas. Nacido el año 1859, en Bielostok, en la Rusia polaca, su ciudad estaba dividida en cuatro barrios, y en cada uno se hablaba la lengua de sus habitantes: rusos, polacos, alemanes y judíos. ¿Es de extrañar que dedicara su vida a la creación de una lengua única que sirviera para todos los hombres? Tras años de arduos esfuerzos, Zamenhof inventó el esperanto.

«¿Crear una lengua?», se horrorizarán algunos, «¿con la cantidad de ellas que hay...?» «Pongámonos todos de acuerdo en usar una y sólo una de las existentes», dirán los más optimistas. «Utopías: impóngase una por la fuerza, o nunca tendremos una lengua para todos», optará el belicoso. «Pero, ¿qué lengua escoger?», comentará el cauto, «¿cómo hacer la elección sin que nadie se sienta preterido?» «Comparémoslas, y quedémosnos con la mejor, con la más apta», terciará el listo. «La más apta... ¿para qué? Es materia muy opinable», advertirá el discreto. «Cojamos una lengua clásica, una lengua muerta», dirá el estudioso, «y así no se herirán susceptibilidades». «¿El latín, o el griego?», protestará aquí quien tuvo un breve contacto con ellas, «lenguas más endemoniadas y complejas...» «¡Simplifiquémoslas!», exultará el pragmático, «Total, para la falta que hacen tantas declinaciones y conjugaciones...»

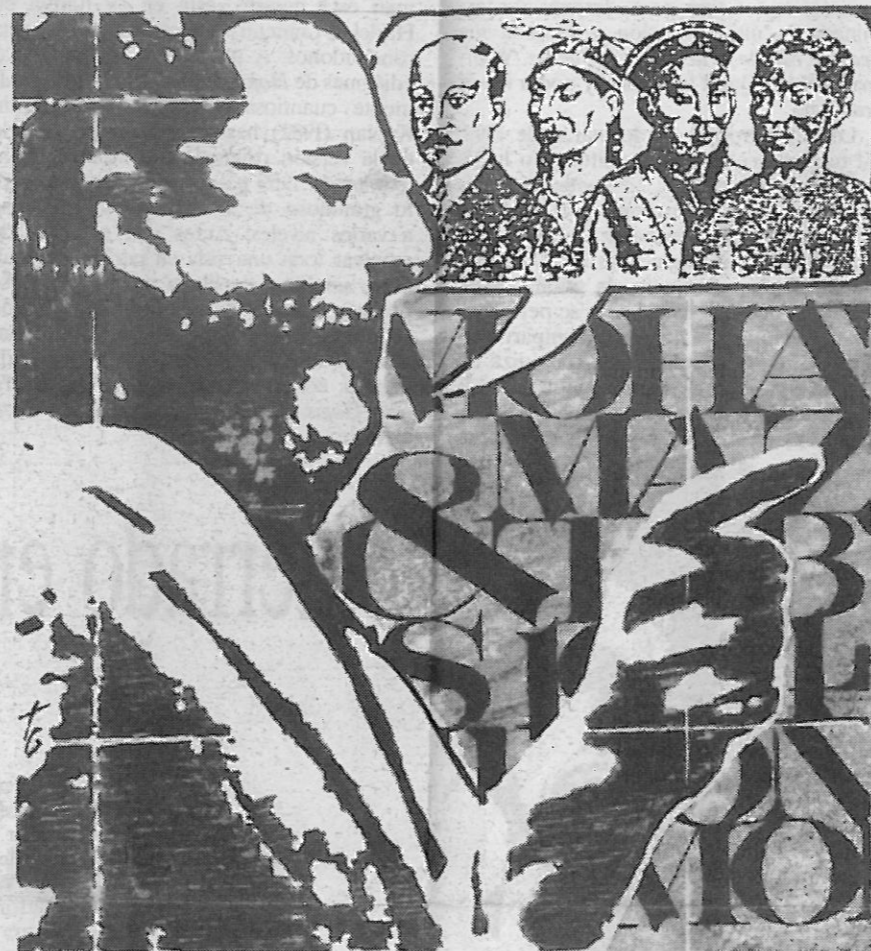
El último siglo y medio ha contemplado todas y cada una de estas soluciones. Ha habido lenguas impuestas *de facto* a todo el planeta, por vías bélicas o por la presión económica y política, como el inglés en la actualidad.

Pero una lengua viva no se puede desligar de los intereses de sus hablantes y de una carga cultural concreta, y este hecho evidente hizo que se recurriera a una lengua muerta, si bien simplificada. En 1903 el matemático italiano Giuseppe Peano creó el *Latino sine flexione*, también llamado *Interlingua*. (Peano fue una personalidad científica muy destacada, como

HUMEDA CAVIDAD

Crear una lengua

José Antonio Millán



también lo fue el lingüista Otto Jespersen, creador de la lengua artificial Ido o, en otro ámbito muy diferente, el fraguador de una lengua lógica universal, Ramón Llull: el problema de la lengua universal ha ocupado a algunas de las mejores mentes de nuestra civilización.)

En la idea de *inventar* una lengua nueva subyace por una parte el deseo de evitar las connotaciones que rodean a las existentes, presentes y pasadas; pero también, ¡ay!, la muy babélica ambición de construir

un edificio perfecto, enmendando la plana a las lenguas naturales. Estas se consideran, no sin razón, complicadas, asistemáticas, variables, dotadas de una escritura que no se corresponden con su pronunciación, y un largo etcétera. Contra estos «defectos» se elevan las «lenguas artificiales», expresión que inauguró hace ya décadas toda una familia de extraños maridajes donde habitan los «sabores artificiales» y la «inteligencia artificial».

Las «lenguas artificiales», se supone,

están «construidas sobre principios científicos», mientras que las naturales son un puro desorden. Guiados por un furor contra los verbos irregulares más propio de un mal estudiante que de un erudito, los inventores de lenguas artificiales allanan terminaciones, simplifican estructuras y liman de aquí y de allá cualquier excepción a lo que ellos conciben como el «plan superior» de una lengua.

¿La venganza? Ha sido terrible. Primero, los inventores de nuevas lenguas (y ha habido más de cincuenta) tuvieron que echar mano a lenguas preexistentes para formar su vocabulario, porque era un poco tonto prescindir de raíces que mucha gente conocía. Una ojeada al título de este artículo demuestra el resultado. Se trata de una entrada de un diccionario de esperanto: *vortoj* (pronúnciese *vortoy*) es el plural de *vorto*, que a su vez significa: «Sono aŭ kolekto de sonoj de la homa voĉo, esprimanta ideon». El lector tiene ya las claves para desentrañarlo.

La segunda venganza ha tenido como protagonista a la capacidad innata del hablante para romper e innovar los propios límites de su lengua. La creación del esperanto se remonta a 1887 (¡y qué curioso que se pueda fechar con tal precisión el nacimiento de una lengua! ¿en qué año nació el español?). Desde entonces hasta nuestros días han aparecido en su seno cambios, acentos regionales y variantes de vocabulario, con lo que el ideal de «lengua única» pierde parte de su fuerza.

La última y definitiva venganza está también a la vista: a pesar de la existencia de miles de personas que conocen el esperanto, y que en esa lengua se publican libros y revistas, la abrumadora mayoría de la Humanidad sigue enredada en el profundo desorden de la lengua natural que le ha tocado en suerte, saltando, si puede, a una segunda o a una tercera, y contribuyendo con su descuido, con sus ganas de juego (pero también con su creatividad), a hacerla otra, distinta, y por tanto *suya*.

El fracaso de las lenguas artificiales tiene también, sin embargo, un aspecto doloroso: es una muestra más de la renuncia (cada vez más evidente, y cada vez en más campos) a lo que ha sido un ideal conductor de nuestra cultura al menos desde la Ilustración: la convicción de que todos los hombres constituimos una sola familia, y de que hay formas de demostrarlo.

1. H. Jacob, *A Planned Auxiliary Language*, Londres, Dennis Dobson Limited, 1947, pág. 5. Jacob es autor también de un Diccionario Esperanto-Ido, del año 1934.

2. Kabe, *Vortaro de Esperanto*, París, Librairie Hachette et Cie (Esperanto, Kolekto de la Revuo), 1910.